

Celestino III, manifestó su júbilo por aquella que tenía todos los caracteres de Cruzada. Pero el resultado fué bien distinto de lo que se esperaba. El Califa estaba ya informado, por el rey de Córdoba, de los propósitos y preparativos de los cristianos. «Publicando en toda Africa—escribe Colmenares— la *Gazia* (a imitación de nuestra Buía Cruzada), creyendo aquellas gentes engañadas que cuantos mueren en semejante guerra van a gozar de su paraíso, se juntaron cien mil caballos y trescientos mil peones». El propio emperador, Yacub ben-Yusuf, al frente de sus tropas, se trasladó, con asombrosa celeridad, desembarcando en Algeciras el 29 de junio de 1195, y, con un día sólo de descanso en dicha plaza, emprendió el camino de Alarcos, tras unirse a él el Emir Almanzor, al mando de sus mesnadas. Pasando por Córdoba y las Navas de Tolosa, llegó, a marchas torzadas, frente al cuartel general cristiano el día 13 de julio. Y el 19, miércoles, los de la Cruz, aun sin haber recibido los esperados refuerzos, hubieron de aceptar la batalla que tan desastrosa les resultaría, la cual, con las de Zalaca y Uclés, constituyó la más grande derrota sufrida en todo el tiempo de la Reconquista, bien es verdad que hartó compensada, diecisiete años después con la espléndida victoria de Las Navas de Tolosa.

«Grande fué el estrago y horrible la mortandad causada en el ejército cristiano—dice un cronista—. Diez mil soldados, que componían las mesnadas de las Ordenes Militares, pelearon los primeros y vendieron a caro precio sus vidas. Con ellos, murieron los obispos de Avila, Segovia y Sigüenza, que los exhortaban al martirio, quedando prisioneros veinticuatro mil, a los que Yacub puso en libertad para hacer gala de su espíritu generoso. Siguió después su carrera devastadora hasta dar vista a Toledo y Alcaía de Henares, quemando y talando cuantas villas y aldeas halló a su paso.»

El Prelado de Palencia, D. Rodrigo Sánchez, escribió que después de la batalla—librada fuera de la plaza, en la llanada aledaña—, Almanzor puso sitio a Alarcos. Sin ejército con que resistir, pese a sus condiciones de defensa, se vió obligada a la rendición, propuesta al jefe ya nombrado, López de Haro, por el lugarteniente del Emir, D. Pedro Fernández de Castro, que era un renegado expatriado de Castilla, a causa de su rivalidad con la Casa de Lara, a la que Haro pertenecía. Se convino en dejar libre a la guarnición, menos a D. Diego, que habría de quedar prisionero; pero éste marchó de la plaza, sin ser visto, acogiéndose al campo cristiano. El cronista Rades de Andrada afirma que huyó cobardemente antes, en plena batalla, con el pendón real, encerrándose en Alarcos, cuya fortaleza entregó después sin resistencia. En la *Crónica de Alfonso X* léese bien claramente de esta guisa: «Diego López de Haro fuyó con la seña a la villa de Alarcos, seyendo aun el Rey en la batalla, e después el traidor dió la villa a los moros con su mano sin mandato de su señor».

* * *

Pintoresco y evocador este célebre lugar de Alarcos, en donde palpita una de las páginas más luminosas del pasado, digna de ser tenida en cuenta en estos momentos, reivindicadores del papel, que la Mancha representa en la Historia y en el Arte. Conforme vamos a él desde Ciudad Real, por la carretera de Picón y Navalpino, es de admirar el soberbio panorama que se contempla durante los contados